

se la llevaba á Mallorca,
tanto á celebrar las Pascuas,
cuanto á celebrar las bodas.
Y cuanto á los sordos remos
más se humillaban las olas,
más se ajustaba á la vela
el blando viento que sopla.
Espíándola de atrás
de una cala insidiosa,
estaba el fiero terror
de las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
que por una parte y otra
sus cuatro enemigos leños
tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
y en estotros la congoja,
mientras se queja la dama
derramando tierno aljófar.
—Favorable y fresco viento,
si eres el galán de Flora,
válgasme en este peligro
por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
los bajeles que te enojan,
embestilles en la arena
con más daño que en las rocas:
tú que con la misma fuerza
cuando al humilde perdonas,
sueles de armadas reales
escapar barquillas rotas;
salga esta vela á lo menos
destas manos rigurosas,
cual de garras de falcón
blancas alas de paloma.—

ROMANCES CABALLERESCOS

Néctor González 1903



I

El conde Arnaldos

(Anónimo)

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcía de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
las hace á el mástil posar:

—Galera, la mi galera,
 Dios te me guarde de mal,
 de los peligros del mundo
 sobre aguas de la mar,
 de los llanos de Almería,
 del estrecho de Gibraltar,
 y del golfo de Venecia,
 y de los bancos de Flandes,
 y del golfo de León,
 donde suelen peligrar.—
 Allí habló el conde Arnaldos,
 bien oiréis lo que dirá:
 —Por Dios te ruego, marinero,
 digáisme ora ese cantar.—
 Respondióle el marinero,
 tal respuesta le fué á dar:
 —Yo no digo esta canción
 sino á quien conmigo va.—

II

El Soldán de Babilonia y el conde de Narbona

(Anónimo)

Del Soldán de Babilonia,
 de ese os quiero decir,
 que le dé Dios mala vida
 y á la postre peor fin.
 Armó naves y galeras,
 pasan de sesenta mil,
 para ir á dar combate
 á Narbona la gentil.
 Allá van á echar áncoras,
 allá al puerto de Sant Gil,

donde han captivado al conde,
 al conde Benalmeniquí.
 Deciéndenlo de una torre,
 cabálganlo en un rocín,
 la cola le dan por riendas
 por más deshonorado ir.
 Cient azotes dan al conde
 y otros tantos al rocín;
 al rocín porque anduviere,
 y al conde por lo rendir.
 La condesa que lo supo
 sáleselo á recibir:
 —Pésame de vos, señor
 conde, de veros así,
 daré yo por vos, el conde,
 las doblas sesenta mil,
 y si no bastaren, conde,
 á Narbona la gentil.
 Si esto no bastare, el conde,
 tres hijas que yo parí:
 yo las pariera, buen conde,
 vos las hubisteis en mí;
 y si no bastare, conde,
 señor, védesme aquí á mí.
 —Muchas mercedes, condesa,
 por vuestro tan buen decir:
 no dedes por mí, señora,
 tan solo un maravedí,
 que heridas tengo de muerte,
 dellas no puedo guarir:
 adiós, adiós, la condesa,
 que me mandan ir de aquí.
 —Váyades con Dios, el conde,
 y con gracia de Sant Gil:
 Dios os eche en vuestra suerte
 á ese Soldán paladín.

III

El Palmero

(Anónimo)

De Mérida sale el Palmero,
de Mérida, esa ciudade:
los piés llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
que no valía un reale,
y debajo traía otra,
¡bien valía una ciudade!
Que ni rey ni emperador
no alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
de Paris, esa ciudade;
ni pregunta por mesón
ni menos por hospitale:
pregunta por los palacios
del rey Carlos á dó estaen.
Un portero está á la puerta,
empezóle de hablare:
—Digadesme tú, el portero,
el rey Carlos ¿dónde estae?—
El portero, que lo vido,
mucho maravillado se hae,
cómo un romero tan pobre
por el rey va á preguntare.
—Digadesmelo, señor,
deso no tengáis pesare.
—En misa está, buen Palmero,
allá en Sant Juan de Letrane:
dice misa un arzobispo,

y la oficia un cardenale.—
El Palmero que lo oyera
ibase para Sant Juane:
en entrando por la puerta
bien veréis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
y á Santa María su Madre,
humillóse al arzobispo,
humillóse al cardenale
porque decía la misa,
no porque merecía mase:
humillóse al emperador
y á su corona reale,
humillóse á los doce
que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
ni menos á don Roldane,
porque un sobrino que tienen
en poder de moros estae,
y pudiéndolo hacer
no lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
de que aquesto vió Roldane,
sacan ambos las espadas,
para el Palmero se vane.
Con su bordón el Palmero
su cuerpo va á mamparare.
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirae:
—Tate, tate, Oliveros,
tate, tate, don Roldane,
ó este Palmero es loco,
ó viene de sangre reale.—
Tomárale por la mano,
y empiézale de hablare:
—Dígasme tú, el Palmero,

no me niegues la verdade,
 ¿en qué año y en qué mes
 pasaste aguas de la mare?
 —De Mayo en el mes, señor,
 yo las fuera á pasare.
 Porque yo me estaba un día
 á orillas de la mare
 en el huerto de mi padre
 por haberme de holgare:
 captiváronme los moros,
 pasáronme allende el mare.
 Á la infanta de Sansueña
 me fueron á presentare;
 la infanta cuando me vido
 de mí se fué á enamorare.
 La vida que yo tenía,
 rey, quiéroosla yo contare.
 En la su mesa comía,
 y en su cama me iba á echare.—
 Allí hablara el buen rey,
 bien oiréis lo que diráe.
 —Tal captividad como esa
 quien quiera la tomarae:
 dígame tú, el Palmerico,
 ¿si la iría yo á ganare?
 —No vades allá, el buen rey,
 buen rey, no vades allae,
 porque Mérida es muy fuerte,
 bien se vos defenderae.
 Trescientos castillos tiene,
 que es cosa de los mirare,
 que el menor de todos ellos
 bien se os defenderae.—
 Allí hablara Oliveros,
 allí habló don Roldane:
 —Miente, señor, el Palmero,

miente, y no dice verdade,
 que en Mérida no hay cien castillos,
 ni noventa á mi pensare,
 y estos que Mérida tiene
 no tien quien los defensare,
 que ni tenían señor,
 ni menos quien los guardare.—
 Desque aquesto oyó el Palmero
 movido con gran pesare,
 alzó su mano derecha,
 dió un bofetón á Roldane.
 Allí hablara el rey
 con furia y con gran pesare:
 —Tomalde, la mi justicia,
 y llevédeslo á ahorcare.—
 Tomádolo ha la justicia
 para habello de justiciare;
 y aun allá al pié de la horca
 el Palmero fuera hablare:
 —¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
 Dios te quiera hacer male,
 que un hijo solo que tienes
 tú le mandas ahorcare.—
 Oídolo había la reina
 que se lo paró á mirare:
 —Dejédeslo, la justicia,
 no le queráis hacer male,
 que si él era mi hijo
 encubrir no se podrae,
 que en un lado ha de tener
 un extremado lunare.—
 Ya le llevan á la reina,
 ya se lo van á llevare:
 desnúdanle una esclavina
 que no valía un reale;
 ya le desnudaban otra

que valía una ciudade:
halládole han al infante,
halládole han la seña.
Alegrías que se hicieron
no hay quien las pueda contare.

IV

El infante vengador

(Anónimo)

Helo, helo por do viene
el infante vengador,
caballero á la jineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia,
y el asta en Aragón:
perfilándose iba
en las alas de su halcón.
Iba á buscar á don Cuadros,
á don Cuadros el traidor,
y allá le fuera á hallar
junto del emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.

Siete veces lo pensaba,
si le tiraría ó no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol,
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu alteza,
que no tiraba á ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,
que de siete hermanos que tenía,
no ha dejado, si á mí no:
por eso delante ti,
buen rey, lo desafío yo.—
Todos fian á don Cuadros,
y al infante no fian, no,
si no fuera una doncella,
hija es del emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
Á los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
con su hija le casó.

V

La infanta encantada

(Anónimo)

Á cazar va el caballero,
 á cazar como solía;
 los perros lleva cansados,
 el falcón perdido había,
 arrimárase á un roble,
 alto es á maravilla:
 en una rama más alta,
 viera estar una infantina;
 cabellos de su cabeza
 todo aquel roble cobrían.
 —No te espantes, caballero,
 ni tengas tamaña grima,
 hija soy yo del buen rey
 y la reina de Castilla:
 siete fadas me fadaron
 en brazos de una ama mía,
 que andase los siete años
 sola en esta montiña.
 Hoy se cumplian los siete años,
 ó mañana en aquel día:
 por Dios te ruego, caballero,
 llévesme en tu compañía,
 si quisieres por mujer,
 si no, sea por amiga.
 —Esperáisme vos, señora,
 hasta mañana, aquel día
 iré yo á tomar consejo
 de una madre que tenía.—
 La niña le respondiera,
 y estas palabras decía:

—¡ Oh mal haya el caballero
 que sola deja la niña!—
 Él se va á tomar consejo,
 y ella queda en la montiña.
 Aconsejóle su madre
 que la tome por amiga.
 Cuando volvió el caballero
 no hallara la infantina:
 vidola que la llevaban
 con muy gran caballería.
 El caballero que la vido
 en el suelo se caja:
 Desque en sí hubo tornado
 estas palabras decía:
 —Caballero que tal pierde,
 muy gran pena merescía:
 yo mesmo seré el alcalde,
 yo me seré la justicia:
 que me corten piés y manos
 y me arrastren por la villa.

VI

El adúltero castigado

(Anónimo)

Blanca sois, señora mía,
 más que no el rayo del sol:
 ¿ si la dormiré esta noche
 desarmado y sin pavor?
 que siete años había, siete
 ¡ que no me desarmo, no!
 más negras tengo mis carnes
 que no un tiznado carbón.